

OTRAS VOCES

«La pobreza subjetiva no sólo jamás llega a ser superada por el crecimiento, sino que el crecimiento aumenta la pobreza absoluta».

Joan Robinson: «La segunda crisis de la teoría económica».

«A medida que el consumo general aumenta, hay cada vez menos incentivo para proveer las necesidades de los más pobres».

Joan Robinson y John Eatwell. «Introducción a la economía moderna».

«Jamás hasta ahora en la historia de la humanidad había alcanzado la desigualdad económica tales proporciones».

Hans Singer y Javed Ansari. «Países ricos y pobres».

«Los países ricos actúan como si pudieran continuar ignorando por completo la miseria que pesa sobre más de la mitad de la población mundial. Exhortan a los pobres a levantarse por sí solos, con la ayuda de los cordones de sus zapatos, sin que parezca importarles el hecho de que el Tercer Mundo está descalzo y carece de zapatos».

John Bennett y Susan George. «La maquinaria del hambre».

«Nadie nos dice adónde vamos ni qué sentido tiene la política eco-

OTROS AMBITOS

nómica que se realiza, por la simple razón de que se ha renunciado a toda lógica de actuación y sólo impera la lógica del capital. Y la lógica del capital no permite describir ninguna tendencia, porque sólo es la lógica de los beneficios y su acumulación».

David Anisi. «Trabajar con red. Un panfleto sobre la crisis».

«Al igual que el industrialismo capitalista, el industrialismo socialista, que ha querido ser su copia racionalizada, tampoco contiene la respuesta a la presente crisis, ni el remedio al hambre y a la miseria en el Tercer Mundo. Ni uno ni otro pueden ser extendidos a escala planetaria, tan destructores son de recursos naturales limitados y de equilibrios necesarios para la continuación de la vida».

André Gorz. «Los caminos del paraíso».

«Todo aquel que no experimente, ante todo, la miseria como una presencia y una herida en sí mismo, nos hará objeciones vanas, y objeto de polémicas en falso».

Emmanuel Mounier: «Obras completas». Vol. I.

«Si una sociedad libre no puede ayudar a sus muchos pobres, tampoco podrá salvar a sus pocos ricos».

John F. Kennedy.

DIMENSIONES ECONOMICAS DE LA POBREZA

La depauperización progresiva de grandes capas de población ha desbordado la capacidad analítica de los parámetros económicos al uso. Este fenómeno social debe atajarse en la perspectiva del interés general, superando los condicionantes impuestos por los poderes dominantes. Desde la solidaridad y el apoyo mutuo se ha de caminar hacia proyectos democráticos de alcance desconocido en la mayoría de los países.

Por Santiago Cardenal

Para la mayor parte de la generación de economistas a la que pertenezco, la cuestión de la «pobreza» no figura hoy en el repertorio de prioridades analíticas de la profesión. Sí, en cambio —dentro de una tradición bastante antigua en este gremio— el análisis de la «riqueza», que supuestamente constituye una prioridad básica de la especialización económica dentro del conjunto de las ciencias sociales.

Lo antedicho puede parecer extraño y paradójico a quien, desde fuera de la profesión, considere, con bastante lógica, que «pobreza» y «riqueza» son en definitiva las dos caras de una misma moneda; de forma que, en tal sentido, no se entendería fácilmente cómo una disciplina «científica» puede interesarse exclusivamente por uno de los términos del binomio anterior, desentendiéndose más o menos explícitamente del otro. Quizá el interés analítico por el fenómeno de la pobreza desaparecería con la extinción definitiva de dicho fenómeno en el mundo real. Pero pese a los progresos materiales indudables registrados a lo largo del presente siglo, tal situación no se ha alcanzado no ya en la mayor parte del mundo «no desarrollado» —pobre, en última instancia, por definición—, sino ni siquiera tampoco en el reducido grupo de naciones «desarrolladas», es decir «ricas», igualmente por idéntica y contraria definición.

I. APRECIACION DE LA RIQUEZA Y LA POBREZA EN EL PENSAMIENTO ECONOMICO ACTUAL

El asunto, sin duda, es más complejo. Y, dado que las valoraciones económicas ejercen —tanto en lo que destacan como en aquello que ocultan—



una influencia a menudo nada despreciable en la sociedad actual, conviene señalar algunas precisiones al respecto.

Digamos, en primer lugar, que la Economía no es —aunque lo pretende tradicionalmente con marcada vehemencia— una disciplina científica en sentido estricto, presuntamente incontaminada de sesgos ideológicos. Antes al contrario, y como ha señalado agudamente *J. K. Galbraith*, una parte importante del pensamiento económico «ortodoxo» o convencional ha funcionado tradicionalmente como un «sistema de creencias», implícitamente impregnado de aspectos ideológicos que, con frecuencia, han respondido a los planteamientos culturales y políticos de los poderes económicos dominantes en el mundo real, que han sesgado a menudo las prioridades y esquemas de análisis de acuerdo a los intereses de dichos poderes. La cuestión que nos ocupa en este artículo es, ciertamente, un caso ilustrativo de dicho sesgo. Baste recordar a este respecto solamente, que el clásico paradigma de la «mano invisible» del libre mercado —modelo básico exclusivo del progreso económico general a largo plazo para los incondicionales del capitalismo a ultranza— surge precisamente de la obra clásica de *Adam Smith* (Siglo XVIII) que lleva el revelador y propositivo título de «La riqueza de las naciones».

En segundo término, tampoco el método de análisis económico convencional —mal que les pese igualmente a sus numerosos e influyentes seguidores actuales— permite una comprensión global de los fenómenos sociales implicados en los procesos económicos; lo que, también con gran frecuencia, contribuye a distorsionar y sesgar adicionalmente las valoraciones económicas. Merece la pena recordar, a efectos del tema de este artículo, la lúcida crítica de otro economista famoso, *E. F. Schumacher*: «El juicio de la economía es extremadamente fragmentario; de todos los numerosos aspectos que en la vida real tienen que ser analizados y juzgados antes de que pueda tomarse una decisión, la economía sólo se fija en uno: que una cosa produzca beneficio monetario a quienes la poseen y administran... (de ahí que) es un gran error pretender, por ejemplo, que la metodología de la economía se aplica normalmente para determinar si una actividad desarrollada por un grupo dentro de la sociedad produce un beneficio para la sociedad en su totalidad». A la vista de ello, y teniendo en cuenta que los fenómenos de generación de riqueza y pobreza son parte integrante de las alteraciones de la distribución de la renta y la propiedad que tienen lugar por efecto de las actividades económicas, es fácil percibir la notable dificultad del análisis económico convencional para explicar y prever ambos fenómenos de forma interrelacionada y global. Más aún, la propia caracterización de ambos fenómenos está fuertemente condicionada, dentro de la tradición mayoritariamente central en Economía, por las limitaciones inherentes a una visión del mundo con frecuencia estrechamente «economicista», notablemente predeterminada por una concepción materialista y meramente cuantitativa de los fenómenos sociales e históricos.

Horizontes de cambio

Por último, resta señalar que la comprensión analítica de la problemática



riqueza/pobreza, lejos de mejorar, se ha oscurecido adicionalmente durante los últimos años, al menos desde la perspectiva económica convencional todavía mayoritaria. Ello ha sido así, a mi juicio, por dos tipos de razones. En primer lugar, porque la profunda crisis económica iniciada a comienzos de los años setenta ha generado una fuerte reacción de los poderes económicos dominantes, basada en un incremento del desempleo, una intensa mutación tecnológica, y un proceso de liberalización (desregulación) de los mercados que ha propiciado a su vez una escalada competitiva tanto a niveles nacionales como internacionales. Y, en segundo término, porque la ofensiva cultural conservadora que ha acompañado dichos cambios no ha tenido un adecuado contrapeso, dada la crisis general de valores que ha caracterizado el clima cultural y ético de las sociedades «desarrolladas» a lo largo de la última década.

En este contexto, y a pesar de la gravedad de los problemas sociales suscitados por las transformaciones económicas, la obsesión por los mecanismos de análisis de la «riqueza» ha vuelto a relegar a un plano secundario la preocupación analítica —y social— por los fenómenos de pobreza.

Sin embargo, no deseaba ofrecer un cuadro meramente negativo de la situación actual. Se trata, finalmente, de procesos históricos a largo plazo, mal conocidos todavía, con facetas también positivas, y con evoluciones que ni es posible prever de antemano ni están predeterminadas. De hecho, diversos síntomas parecen apuntar, precisamente por la unilateralidad y dureza de determinados rasgos negativos del presente, el surgimiento de nuevas, aunque todavía minoritarias, perspectivas que indican una paulatina reconsideración, en términos valorativos y analíticos, de la problemática de la riqueza y la pobreza en las sociedades actuales.

No es imprescindible en tal sentido —ni es posible hoy por hoy— que el pensamiento económico se sitúe en la vanguardia del necesario «cambio de sentido» (por utilizar el sugerente término empleado al respecto por *R. Bahro*) de las tendencias básicas de la evolución social. Pero sin duda es deseable, en mi opinión, una mayor y más realista aproximación del mismo, en el futuro, a los fenómenos sociales desde la óptica de los intereses generales, más allá de los condicionamientos impuestos por la lógica de los poderes económicos dominantes.

II. DIMENSIONES ECONÓMICAS DE LA POBREZA EN LAS SOCIEDADES ACTUALES

No hay, en sentido estricto, una manifestación única y universal de la pobreza como tampoco la hay de la riqueza. Pues ciertamente el paria hindú que muere en las calles de Calcuta no sufre —ni vive— el mismo fenómeno que el campesino desplazado de Senegal o Brasil. Ni la experiencia de marginación del vagabundo de las calles de Nueva York o Madrid refleja el mismo mundo social que la angustia del parado sin perspectivas de empleo en el contexto de la crisis de las sociedades industriales.

No es lo mismo, evidentemente, el paro que la pobreza, aunque las zonas de contacto entre dichos fenómenos puedan ser más o menos amplias según las sociedades y las circunstancias específicas en cada caso. No hay tampoco, asimismo, una estricta relación biunívoca entre pobreza y marginalidad, si bien este último rasgo suele acompañar las manifestaciones más evidentes de la primera. No existe, finalmente, una forma única de pobreza, sino diferentes formas de un mismo fenómeno, como han puesto de relieve tanto la experiencia del fenómeno como los análisis sociológicos mejor fundamentados al respecto.

Si nos atenemos a las observaciones del sociólogo *R. Brunel* —en su informe al Consejo Económico y Social de la CEE—, debemos concluir que «la observación histórica, sociológica, económica y social, y la evolución del vocabulario, ponen de manifiesto que sería irrealista pretender enunciar una definición válida para cada una de las formas y cada uno de los casos de la pobreza»; de manera que «toda situación de pobreza debe ser estimada con referencia a ciertos niveles económicos, sociales y culturales dados».

De ello se desprende, igualmente, que no hay una caracterización exclusivamente económica de la pobreza —y menos aún simplemente monetaria—, por más que la dimensión económica, en un sentido amplio, sea un integrante habitual de todas las formas de pobreza conocidas. No existe tampoco un corpus de información estadística sistematizada sobre las principales formas de pobreza en el mundo actual, ni asimismo, una clasificación universalmente aceptada —al menos desde el conocimiento de quien escribe estas líneas— de rasgos básicos que perfilen las dimensiones económicas de dichas formas de pobreza.

Pobreza cuantificada

Poco sabemos, en definitiva, desde el campo estrictamente económico, sobre las concretas dimensiones de la pobreza actual. Y ello no es extraño a la luz de las consideraciones señaladas en el epígrafe anterior; ni tampoco a la vista de la dificultad de recoger de forma precisa y fehaciente, la información sobre una realidad plural que se caracteriza, entre otras cosas, por su difícil encaje, en no pocos casos, dentro de los sistemas estadísticos tradicionales.

Más aún, las ideas y conceptos aceptados convencionalmente en Economía distan de proporcionar una ayuda efectiva para elaborar una tipología de riqueza y pobreza, salvo de forma muy rudimentaria. Así:

a) Se carece actualmente de una caracterización universalmente aceptada del concepto «necesidades básicas», que sólo se puede suplir de forma muy imperfecta por algunos indicadores «sociales» (de renta media, consumos de sanidad y educación y tasas demográficas de mortalidad) sumamente esquemáticos, aunque útiles a falta de otra alternativa. Por lo demás, apenas se tienen en cuenta factores cualitativos en dichos indicadores dado el sesgo marcadamente cuantitativo del análisis económico convencional.

b) Se considera «trabajo productivo» sólo una parte del trabajo social asociada a la generación monetaria de excedente económico. La exclusión más importante afecta al trabajo doméstico no asalariado de las mujeres, que escapa absolutamente a la cuantificación económica en todos los países. Asimismo, todas las formas de economía sumergida —en países ricos y pobres— trascienden los límites estrechos de las contabilidades nacionales, aun cuando diversas estimaciones recientes evalúan su peso en proporciones no inferiores al 10% del Producto Interior Bruto, solamente en los países desarrollados.

c) El concepto más usual —aunque informal— de riqueza en Economía va unido a la distribución de las rentas monetarias de las actividades consideradas productivas. Y, dejando al margen asimismo las limitaciones derivadas de las estimaciones habituales, se excluye además, en términos generales, la valoración de la propiedad acumulada.

1.000 millones de pobres

Sin embargo, y a efectos aproximativos, podemos —con todas sus imperfecciones— considerar, como mínimo, un criterio relativo de rentas, para ilustrar algunas dimensiones de la pobreza a nivel mundial.

Así, con datos del «Informe sobre el Desarrollo Mundial 1989», elaborado por el *Banco Mundial*, pueden señalarse los siguientes puntos (referidos al año 1987):

1.º La renta media per cápita de la población de 69 países, que comprenden el 64% de la población mundial (estimada esta última en 5.000 millones de personas), no llega al 50% de la renta media total mundial (3.010 dólares USA). Al mismo tiempo, la renta media de 19 países ricos, que comprenden el 15% de la población mundial, es 10 veces superior a la del grupo anterior, y cinco veces superior a la media mundial.

2.º La renta media per cápita de 42 países (africanos y asiáticos, más uno latinoamericano, Haití), que concentran el 56% de la población mundial, no llega a 500 dólares USA, la sexta parte de la renta media total mundial. Dentro de este grupo, cabe señalar un subgrupo de 23 países, con 2.200 millones de habitantes (el 44% de la población del planeta), cuya renta media per cápita no supera el 10% de la renta media total mundial. Además aproximadamente la mitad de los países de este último subgrupo han visto estabilizada o con valor negativo la tasa de crecimiento de dicha renta entre 1965 y 1987.

Pese a las imperfecciones de las estimaciones anteriores, por la insuficiencia de datos en bastantes países y por los diferentes patrones de vida y consumo —que sería necesario tener en consideración a la hora de efectuar comparaciones internacionales rigurosas de este tipo de datos—, no parece exagerado afirmar, a la vista de las cifras anteriores, que aproximadamente el 20% de la población mundial, 1.000 millones de personas, viven actualmente en condiciones de pobreza.



3.º Dentro del grupo de países ricos —en los que a estos efectos está incluida España— cabe estimar, aproximadamente, entre un 10 y un 15% el porcentaje medio de población cuyas rentas no llegan al 50% de la renta media per cápita de dichos países. Ello situaría, a grosso modo, el volumen total de pobreza en estos países en cifras del orden de 70 a 80 millones de personas. Sólo para la CEE, en el año 1985, y según estimaciones del *Comité Económico y Social*, se situaba el volumen de pobreza en torno al 14% de la población, unos 44 millones de personas (aplicando como indicador la renta de las unidades familiares inferior al 50% de la renta media de los países respectivos). Estimaciones oficiosas presentadas por el mismo Comité, para dicho año, avanzaban asimismo una cifra situada entre 6 y 10 millones de personas en situación de gran pobreza o miseria en el conjunto de la CEE.

Insensibilización

Podríamos utilizar, ciertamente, otros indicadores alternativos —consumos, salud, etc.— que ayudarían a completar, en todo caso, un cuadro sumariamente tosco de la pobreza en las sociedades actuales. Sin embargo, sólo dos citas para referirnos a la peor secuela de la miseria en el mundo actual. Según *Susan George y John Bennett*, al hablar del terrible problema del hambre: «entre 14 y 18 millones de personas mueren al año; 35.000 al día, 24 por minuto, 18 de los cuales son niños menores de cinco años. No hay desastre comparable al que supone el hambre a escala mundial. La cantidad de gente que muere a resultas de la malnutrición equivale, imaginariamente, a la que moriría caso de arrojar una bomba como la de Hiroshima cada tres días». Y, también, según la *UNICEF*, se calcula que en la próxima década morirán 100 millones de niños por hambre en los países «subdesarrollados».

Las cifras, en definitiva, pierden aquí su capacidad de sensibilizarnos —por su propia magnitud— en un mundo ya ampliamente insensibilizado a fuerza de cifras y cálculos de todo tipo, y a falta de conciencia de la dimensión humana del problema. Por otra parte, y ya se señaló anteriormente, las múltiples dimensiones de la pobreza, tanto relativa como absoluta, escapan finalmente a cualquier tipo de cuantificación: es la dificultad grave o la incapacidad de vivir, comunicarse, y valerse social y personalmente que marca la senda involuntaria de la destrucción vital, lo que caracteriza a la pobreza en sus distintos grados.

III. ¿QUE PERSPECTIVAS?

Hoy asistimos a nuevos y preocupantes problemas, que no sabemos bien cómo resolver. Sólo refiriéndonos a los países «desarrollados», los mercados de trabajo se hacen «precarios», con creciente proporción de empleo no fijo (90% en el caso de los nuevos contratos laborales de los últimos años en España). La duración del desempleo se alarga, de forma que casi la mitad de los parados en buen número de países (62% en España en 1987) tarda más de un año en conseguir —si lo consigue— un nuevo empleo. Junto a sus induda-



bles ventajas, las nuevas tecnologías arrojan una sombra amenazante a medio y largo plazo sobre el empleo en diversos sectores, sin que sea fácil atisbar una creación de empleo compensatorio, y sin que sea posible, al parecer, reciclar razonablemente a numerosos trabajadores cuyas actividades ya son cada vez más obsoletas. Las zonas de marginación y pobreza se hacen crónicas en diversas regiones y centros urbanos, siendo relativamente pocas las que salen a flote de forma clara. El crecimiento económico sin más —como ya apuntaron *Joan Robinson y John Eatwell*, entre otros— crea numerosos problemas, si la tecnología y las voluntades políticas no se ponen al servicio de los ciudadanos; más aún en el umbral de una intensa mutación técnica que escapa al control de los ciudadanos, y sólo parece responder a la lógica de los beneficios. El creciente deterioro del medio ambiente se une, adicionalmente, a todos estos problemas.

Las sociedades, en fin, se dualizan (instalados frente a precarios y marginados), los consumos de los instalados se disparan, los gastos improductivos y militares se contraen con dificultad y la solidaridad social se expande con mayor dificultad, las más de las veces.

Naciones descoyuntadas

Por lo que se refiere a los países pobres, las perspectivas son aún más oscuras a corto plazo. La grave crisis financiera (más de 1,4 billones de dólares de deuda externa acumulada e impagable), que ha arruinado la situación económica de numerosos países, no acaba de encontrar un alivio inteligente —ya que no generoso— por parte de los países e instituciones acreedoras; al tiempo que se contraen los ya bajos niveles de ayudas financieras oficiales procedentes de los países ricos y se mantiene el descenso tendencial de los precios de las materias primas exportadas a estos últimos.

Cabe preguntar qué soluciones podrían señalarse, aunque fuera sólo de forma esquemática, dadas las múltiples y complejas facetas —económicas, sociales, culturales— del problema. Numerosas propuestas al respecto, efectuadas tanto por especialistas en el tema como por organizaciones oficiales o privadas, han señalado la necesidad ineludible de variar de forma radical los mecanismos económicos y políticos del actual sistema internacional, así como abordar urgentemente los aspectos más dramáticos y crueles de las holsas de pobreza y miseria en el mundo.

Todo ello es imprescindible y urgente, pero nada realmente sustancial se hará, a no ser que la opinión pública de los países —pobres y ricos— alcance un nivel de conciencia capaz de alterar progresivamente los mecanismos económicos y sociales generadores de desigualdades profundas y, en última instancia, mantenedores de la realidad de la pobreza en sus diferentes manifestaciones. Ello a su vez sólo será viable partiendo de un profundo «cambio de sentido» que mire hacia los seres humanos y no a los sistemas de poder, y que arraigue en procesos democráticos de alcance desconocido en la inmensa mayoría de las sociedades actuales. Ello hoy no está desgraciadamente a la vista, pese a los esfuerzos y preocupaciones de numerosas perso-



nas y grupos en todos los países del mundo. Pero la tarea es justamente esa, en mi opinión. Más allá de la necesaria aportación de los expertos, esa labor, imprescindible e inaplazable si se quiere cambiar de verdad un panorama tan sombrío y terrible como el descrito, es sin duda uno de los signos, si no el mayor, de nuestro tiempo.

Santiago Cardenal. Economista.
Miembro del Consejo de Redacción
de Acontecimiento.

